

Presentación



Y quis, mayas y ndembu, científicos mexicanos de mediados del siglo XIX y conversos pentecostales a fines del XX, el Día de Muertos y las brujas infantiles, el teatro, el lenguaje y la experiencia del silencio, son algunos de los habitantes que pueblan este número de *Alteridades* —con el que por cierto la revista completa sus primeros diez años de existencia. Cuanto aquí reúne a estos heteróclitos habitantes del mundo es el señalado propósito de elucidar su vida ritual y ceremonial: son todos ellos objetos, a veces instrumentos, y también sujetos creadores de rituales. Una, apenas una, de las múltiples formas con la que el hombre se ha dado sentido a sí mismo y al universo, con la que representa, inventa y construye sus realidades sociales. Los rituales, se puede defender, son dispositivos culturales que están vinculados con la *creación de la presencia*: crean y hacen presentes realidades suficientemente vívidas como para conmover, extasiar, seducir, engañar, ilusionar, encantar, divertir, aterrorizar, reparar, curar... y también, sin duda, han provocado a veces fantasías y caricaturas a quienes se han acercado a comprenderlos, a ilustrarlos, o bien a reinventarlos. Baste señalar a modo de ejemplo aquellas representaciones rituales que nos han ofrecido diversos novelistas, pasquines y sobre todo Hollywood, donde sacerdotes en éxtasis y ensangrentados, envueltos por una colectividad efervescente, establecen algún tipo de comunicación con seres trascendentales, normalmente a través de un sacrificio, y si es humano tanto mejor. Estas imágenes, no tan escasamente difundidas, nos remiten a “residuos de algunas fastuosas edades primeras con proverbiales ídolos de oro, humeantes calderos y vírgenes vestales”, es decir, al *locus* singular de lo primitivo, o de lo que es propio a otras culturas, a otras épocas. Y en las propias tradiciones académicas, como ha mostrado Jonathan Z. Smith, “ciertas interpretaciones de los sacrificios han suscitado la fantasía académica de que el ritual es un asunto de lo *tremendum*, más que un modo muy común del quehacer social humano”.¹

Sin desconocer por supuesto la presencia de dichas fantasías, la tradición antropológica se ha esforzado, desde sus orígenes en la segunda mitad del XIX, por ofrecernos una comprensión más justa y precisa de esta actividad humana. De hecho la noción de *ritual* —y las prácticas a ella asociadas— no sólo ha sido un objeto persistente de indagación, también ha ocupado un lugar privilegiado en la trama conceptual constitutiva de la antropología. Acaso por ello, desde la antropología decimonónica —orientada al estudio de los rituales de las sociedades primitivas o simples— hasta nuestro tiempo finisecular —por ejemplo, muy atento a los rituales políticos, la denominada dramaturgia del poder, y a los rituales que producen las sociedades de consumo— se han propuesto aproximaciones teóricas diversas, ciertamente en oposición y en competencia entre sí, para dar cuenta de este poliédrico fenómeno prácticamente universal. Escribí “poliédrico” con la intención de referirme a su naturaleza multidimensional, y para argumentar que ninguna teoría puede agotar o “vaciar” aquello cuanto los rituales son. Pero en su persistente búsqueda de lo que los rituales son, y el papel que han desempeñado y desempeñan en la historia humana, en la historia de las sociedades y de las culturas, los antropólogos se han convertido en genuinos cazadores —y a veces liberadores— de significados, funciones, referencias. En efecto, con redecillas multiformes, los antropólogos

¹ Véase Robert G. Hamerton-Kelly (ed.), *Violent Origins. Ritual Killing and Cultural Formation*, Stanford University Press, Stanford, 1987, 198 p.

han salido a cazar rituales en las selvas de los símbolos que han sabido descubrir y, en ocasiones, no pocas, inventar —y en estas selvas laberínticas también se han perdido o se han dejado abandonar. En el presente número de *Alteridades* ofrecemos una gama contemporánea de formas de aproximación, es decir, modos plurales de comprender, al fenómeno ritual a partir de casos igualmente diversos. Interrogantes, universos de estudio, propósitos y presupuestos teóricos plurales son los hilos con los que los autores de los artículos que componen este número han urdido aquellas redes que los acompañan en las incursiones a sus respectivas selvas simbólicas. Toca al lector atento evaluar si la cacería ha sido o no exitosa.

La defensa a ultranza de ciertas tradiciones colectivas, sean nacionales o étnicas, han provocado y muchas veces están alimentadas por la ceguera: la historia es lamentablemente generosa al ilustrarnos cuántos crímenes públicos se han cometido en su nombre. De aquí la importancia de desmitificarlas, de desarmar sus procedimientos ideológicos. En su artículo, el profesor Stanley Brandes analiza con lucidez una de esas tradiciones colectivas que es percibida “como parte de aquello que vuelve único a un pueblo”, por la cual se precisa preservarla de cualquier contaminación foránea: el Día de Muertos en México. La “ideología de la tradición” lo ha convertido en efecto en símbolo de la identidad nacional, en emblema de la singularidad de lo mexicano. Desde diversos ángulos —en uno de los cuales discute el contraste y conflicto del Día de Muertos con el *Halloween*—, Stanley Brandes contribuye a desmitificar el supuesto de que esta tradición, según propios y extraños, es exclusivamente mexicana.

Después de varias décadas de desencuentros e indiferencias mutuas, los análisis históricos y culturales —en particular el estudio de los símbolos en la historia— han aprendido a converger en los últimos 20 años. De aquí destaca la importancia, en primer lugar, del trabajo de la profesora Leticia Mayer: “El análisis del ritual en la historia de México”. Pero éste sobresale aún más cuando esta feliz y fecunda convergencia se utiliza para comprender un fragmento de la historia de la ciencia en México: el de la comunidad científica en la ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX. La profesora Mayer expone y analiza en toda su riqueza simbólica dos clases de rituales que celebraron los integrantes de dicha comunidad: los rituales periódicos (entrega anual de premios, discursos en que se asocia a la religión con la moral, la patria y la ciencia) y los rituales de reparación (a propósito de la invasión norteamericana a mediados del XIX).

La antropología mexicana ha producido un buen número de etnografías de rituales indígenas específicos. Las más de las veces reducidas a eso, a meras descripciones que ilustran, según sea el caso, lo que de folklore, numinoso, erradicable o rescatable hay en tales ceremonias indígenas. En cambio son bien escasos, prácticamente inexistentes, los estudios de ciclos rituales completos —del sistema ritual todo— de algún grupo indígena. Justo a esta última tarea consagra la profesora María Eugenia Olavarría su artículo “Contexto calendárico yaqui”; en particular nos ofrece “la interpretación del ciclo ritual yaqui y la identificación del sistema cultural que de él deriva, a partir de la reconstrucción etnográfica, fecha por fecha, de su ciclo litúrgico anual”. En este minucioso trabajo la profesora Olavarría discute y polemiza, además, con diversas interpretaciones que se han hecho de los rituales yaquis, sus componentes y las relaciones que guardan entre sí, y, entre otras cosas, sus similitudes y diferencias con el ciclo litúrgico católico.

En uno de los ensayos que integran ese magnífico y múltiple libro que es *La selva de los símbolos*, Victor Turner propuso que las celebraciones rituales deben ser indagadas con relación a los procesos sociales más amplios de los que forman parte. Es éste un viejo tema de la antropología que ha probado dar buenos resultados. Pero el mismo Turner, en otro trabajo, destacó el valor ontológico del ritual. El artículo del profesor Rodrigo Díaz está dedicado precisamente a aclarar este valor que Turner también atribuyó a los rituales. Para ello indaga el carácter de las experiencias religiosas y rituales extremas, el valor del silencio en ellas, y polemiza con la tesis antirreduccionista que han sostenido ciertos fenomenólogos de la religión.

En Occidente, al menos, teatro y ritual comparten orígenes. La Escuela mito-ritualista, por ejemplo, durante buena parte de la primera mitad del siglo XX, se empeñó en explorar las relaciones históricas entre uno y otro, y el lugar que en ellas ocupó el mito en la Grecia preclásica y clásica. Desde aquella época fundacional de la cultura occidental, teatro y ritual han permanecido estrechamente vinculados. En su novedoso artículo, Elizabeth Araiza discute esta relación en un contexto singular: el teatro creado por y para indígenas en México. Pero le interesa, a partir del estudio de diversas puestas en escena entre los mayas, discutir la teatralización del rito. Araiza explora la siguiente hipótesis: “en este tipo de teatro los creadores [mayas] expresan una actitud autorreflexiva y autocrítica frente a sus rituales, la cual es incorporada en la narración escénica. La versión teatralizada del ritual funciona como comentario del ritual desde el ritual, esto es lo que puede ser denominado metarritual”.

En “La socialización del don de lenguas y la sanación en el pentecostalismo mexicano”, el profesor Carlos Garma ilustra cómo las prácticas y creencias rituales de este grupo —la minoría religiosa más importante en México— son muy similares entre sí en contextos tan distintos como el ambiente urbano de la ciudad de México y las comunidades rurales totonacas. Además subraya la especificidad del pentecostalismo mexicano, que pone el acento en el don de lenguas y en la sanación por la fe, en desmedro del don de la profecía. Pero el propósito central de este bien documentado ensayo es entender “cómo estos [últimos] atributos de los creyentes pentecostales se socializan y se aprenden en México”. En este proceso de socialización y aprendizaje, por cierto, juegan un papel importante —tanto como referentes en conflicto y competencia; y más aún, como un paso transicional en la conversión hacia el pentecostalismo—, el espiritualismo popular, el movimiento carismático cristiano y los curanderos indígenas.

El trabajo de Ksenia Sidorova plantea que los estudios antropológicos del ritual han desdeñado —a pesar de las intuiciones de Malinowski expuestas en un libro que publicara en 1935— el tema del lenguaje ritual (en realidad la tradición antropológica ha analizado más bien al ritual como lenguaje): “lo que parece haber escapado al antropólogo social es el aspecto oral y auditivo de los rituales y ceremonias, un fallo grave...”. A partir de esta constatación, la autora se propone compensar tal fallo y ofrece, en consecuencia, algunas reflexiones sustentadas en una revisión de la literatura antropológica reciente sobre las voces, las palabras, los sonidos, los instrumentos musicales y las canciones nativas tan extensamente escuchadas en contextos rituales y ceremoniales.

Completan este vigésimo número de *Alteridades* los artículos de Ana Rosas Mantecón, Sergio Pérez Cortés y Philippe Schaffhauser. Con base en los usos y constitución del espacio urbano de la ciudad de México, la profesora Rosas Mantecón discute las transformaciones de la exhibición cinematográfica. Entendida como experiencia de sociabilidad política, ir al cine y la expansión de las salas, nos demuestra la autora, son “arenas” donde se articulan los patrones de segregación que han ido conformando a nuestra urbe. El acto mismo de la lectura, hoy, no nos suscita demasiados problemas, se ha vuelto, por decirlo así, un acto “natural”. Sin embargo, como sostiene el profesor Pérez Cortés en su trabajo, la lectura es un gesto complejo: ¿qué decir, nos invita a reflexionar, de aquella cultura en que la voz y la expresión dramática de la lectura colaboraban en la producción del significado del texto? De sus investigaciones en la meseta purépecha, el profesor Philippe Schaffhauser discute diversas teorías de la identidad. Nos propone, posteriormente, un método de análisis para interpretar el fenómeno identitario, mismo que aplica a una región indígena de México; el novedoso método elaborado se sustenta en una sociosemiótica inspirada en la teoría del signo del norteamericano Charles Sanders Peirce.

Alteridades también incluye en este número de aniversario un trabajo del profesor Roberto Varela. Cofundador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, donde es profesor distinguido, Varela nos ofrece una breve historia y una evaluación personal del Departamento que en este 2000 celebra sus 25 años de existencia.